



Casa de Goethe, en Weimar.

GOETHE Y LA ARQUITECTURA

“Toda vida es, más o menos, una ruina entre cuyos escombros tenemos que descubrir lo que la persona tenía que haber sido.”

(Pidiendo un Goethe desde dentro.)

J. ORTEGA Y GASSET.

Cuando Goethe regresa de Italia, después de haberse extasiado ante los monumentos de la Edad Antigua, su espíritu, sometido a un proceso de transformación impuesto por él mismo, ha columbrado nuevos horizontes, como el caminante que alcanza la cúspide del monte que le ocultaba el panorama extenso de un valle fértil y apacible en el que es inútil avanzar a marchas forzadas. Vuelve a Weimar —quizá para algunos como un hijo pródigo— al lado del duque Carlos Augusto, y la fugaz idea de quedarse para siempre en Roma es ya triste y lejana, pues en el fondo represen-

ta un renunciamiento forzoso al comprender que su arte y su destino están en la literatura y no en las artes plásticas. Mucho trabajo le ha costado convencerse de esto, a él que durante los treinta y nueve años vividos ha encaminado todos sus pasos a dominar las ciencias y las artes, renunciando muchas veces a la felicidad de un hogar, porque éste podía servir de lastre a sus ambiciosos proyectos. Por esto es considerado muchas veces frío y egoísta, y al compararlo con Shakespeare, del que fué ferviente admirador, escribe Menéndez y Pelayo, que lo que éste había hecho por intuición casi divina, Goethe lo realiza a fuerza de arte.

La obra de toda su vida, *Fausto*, es el retrato de su vida misma. Por eso Goethe más que alemán es universal, y si es el creador de la literatura de su país, sus voluminosos trabajos científicos, entre los que sobresalen *La*